

La mirada familiar. Tertulia con Martín Belaunde Moreyra

Tatiana Coello Pöhl

Proforhum

Se nace historiador como se nace poeta. Tal vez porque el verdadero historiador tiene del poeta la imaginación, el sentimiento y el mágico poder reconstructivo.

Víctor Andrés Belaunde

Víctor Andrés Belaunde (1883-1966) no solo fue un poeta de la historia, fue un creyente que tradujo su fe en ideales, un maestro que convirtió su testimonio en lección, un diplomático que tejó buenas relaciones y acuerdos merced a su personalidad y capacidad, un escritor que plasmó con la pluma la silueta de su pensamiento. En 1931 fue elegido representante por Arequipa en la Asamblea Constituyente tras lo cual retornó a las aulas universitarias y así es como a la muerte de su fundador fue elegido rector de la Pontificia Universidad Católica del Perú. Al momento de su fallecimiento desempeñaba la delegación del Perú ante la Organización de las Naciones Unidas.

Reconocido como un importante filósofo, profesor, jurista y diplomático. Por sobre todas las cosas, fue un ser humano que amó a su familia, un hombre que luchó por salir adelante en medio de las adversidades y un padre que consiguió transmitir a sus hijos el valor trascendental de la decencia y el amor al Perú. Seis años después de fallecer su primera esposa, Sofía Yrigoyen Diez-Canseco, con quien tuvo dos hijas, Belaunde vive en el exilio, recupera la fe y contrae matrimonio con Teresa Moreyra y Paz-Soldán con quien tuvo siete hijos. Antonio y Martín han sido por muchos años miembros del consejo consultivo de Mercurio Peruano.

Martín Belaunde Moreyra es abogado especialista en derecho minero. Fue director de Minero Perú Comercial, y del Banco Popular del Perú, por muchos años ha ejercido la abogacía en forma liberal y la docencia universitaria, fue

convocado por el presidente Toledo para luchar contra la corrupción y también fue embajador de Perú en la Argentina durante cuatro años, y Decano del Colegio de Abogados de Lima. Hemos querido recoger en esta sección monográfica una entrevista con Martín Belaunde Moreyra, actualmente congresista de la República, para conversar sobre los recuerdos que guarda de esa invaluable convivencia con su padre y de esa forma reencontrarnos con la personalidad de este bien llamado 'peruano a carta cabal', que fue don Víctor Andrés Belaunde, por medio del menor, de sus hijos.

Intentamos así acercarnos a la íntima figura del maestro a través del iris de su hijo en una interesante tertulia en la que participaron, además, el vicerrector de la Universidad de Piura, Mg. Francisco Bobadilla Rodríguez, y el doctor Enrique Banús Irusta, Presidente de la Asociación de Estudios Europeos y Director del Centro Cultural de esa casa de estudios.

Sr. Martín Belaunde, ¿cómo recuerda usted a su padre?

Fíjese, yo soy el hijo tardío de mi padre; entendiendo que cuando yo nací mi padre estaba por cumplir 55 años, mientras que mi madre tenía 38 o 39. Recuerdo que él tenía una personalidad vital, vehemente, sobre todo, muy elocuente. Creo que tenía el defecto de la elocuencia.

¿Defecto?

Cuando se exagera un poco, sí. Porque a veces la elocuencia tiene defectos negativos sobre los demás. Cuando se opaca a otros uno se genera, sin darse cuenta, enemistades. Por eso a veces es preferible, como lo hacen algunos, hacerse el tonto. Pero esa era una virtud que no tenía mi padre, le era muy difícil hacerse el tonto.

Imagino que se debía a que, como maestro, siempre estaba pensando en enseñar...

Hay momentos en que lamentablemente debía haberse callado, pero no se callaba. Era un hombre extrovertido, conversador, generalmente muy amable. Alguna que otra vez podía ser cortante. Era un hombre comprensivo, elegante, que de vez en cuando daba órdenes terminantes. Al menos me las dio a mí.

Además tenía una gran capacidad plástica para hablar, tenía frases bellas...

Era un gran admirador de la belleza femenina, indiscutiblemente de la belleza paisajística, de la arquitectura y los estilos; gustaba mucho del barroco, no así del churriguerismo que fue un poco la degeneración del barroco. No era un hombre de excesos, el único exceso que cometió en su vida fue el exceso de elocuencia.

Calculo que usted estuvo con su padre hasta los 28 años. Es una buena etapa, lo debe haber conocido y tratado muy bien.

Mi padre murió cuando yo tenía exactamente 28 años y un mes. Durante todo ese tiempo lo tuve muy presente en sus idas y venidas, porque era un hombre muy movido. Yo diría que si algo le encantaba era viajar. Pero no le gustaba mucho viajar sin compañía, porque se sentía un poco solitario.

En una oportunidad tuve oportunidad de pasar un par de años en Nueva York. Me alojé por poco tiempo en un dormitorio y en casa de funcionarios porque la mayor parte del tiempo viví con mi padre. Fue un tiempo extraordinario. Yo era un chico de 15 a 16 años que había tenido problemas en un colegio de aquí, a causa de su insolencia y que encontró en un colegio jesuita de esa ciudad la oportunidad de seguir sus estudios y aprender muy bien el inglés.

Tuve la suerte de acompañarlo en las Naciones Unidas, ahí pude observarlo. A veces me mandaba diciéndome “vente a la asamblea y escucha”, o “mira tal cosa”. En ocasiones almorzaba con mi padre, mientras él departía con importantes personajes. Recuerdo claramente la vez que almorzamos con un embajador del Sha de Irán. Se trataba de un hombre occidental que hablaba un francés perfecto, y que comentaba con mi padre sobre otros personajes árabes, sobre el petróleo y su renegociación, de la necesidad de una autoridad fuerte en Irán. Todas esas experiencias que tuve oportunidad de experimentar eran cosa poco frecuente para un muchacho de mi edad.

¿Considera que esas experiencias le han ayudado en su desempeño como embajador?

Aprendí muchísimo. Mi padre era un hombre, efectivamente, muy conversador, muy elocuente. Era un hombre de una profunda fe cristiana y al mismo tiempo un hombre –como diplomático– muy tolerante. En aquellos momentos en que había que callar, él administraba sus silencios. Sabía que a veces había que ser silencioso, a ratos elocuente y afirmativo; así como en ocasiones había que resultar ambiguo.

Entiendo por qué usted también sabe salir airoso de preguntas complicadas... A lo Víctor Andrés...

Si bien mi tendencia es ser enfático y veces agresivo, no siempre se puede ser así.

¿En qué cree que influyó más en usted?

Cuando estaba de moda la econometría le dije a mi padre que quería ser economista, me miró un rato y me dijo: “Tú quieres ser economista... me parece muy bien, pero sabes que no eres bueno en matemáticas. Tú tienes formación literaria, ciencias sociales; no puedes ser pues un economista. Un economista debe tener una formación matemática. Si no la tienes, podrás tratar de aprender, pero sin las matemáticas no vas a ninguna parte”.

Me confesó, además, una cosa: “Yo nunca he sido economista entre otras razones, me dijo, porque no tengo una base matemática”. Por eso me recomendó: “Estudia derecho y si te interesa después la economía, bueno”.

Mi padre no era un hombre científico ni matemático. Había estudiado ciencias administrativas, tenía nociones económicas, pero no era un hombre que cultivara la economía. Aunque sí la buena administración de los recursos, que es algo importante.

¿Y lo convenció y se fue a la Universidad Católica?

Bueno, me convenció por eso y otros factores. Uno de ellos es que tenía que regresar a Lima porque ya no tenía plata con qué mantenerme. Ingresé a la Católica y la economía no me dejó de gustar pero en su base histórica y descriptiva, porque hay ecuaciones que honestamente no son para mí.

Ha señalado que su papá era muy activo, estaba escribiendo, era maestro, dirigía el Instituto Riva Agüero... ¿cómo vio que se comportaba cuando estaba con sus alumnos?

Sí, era muy activo, era muy cordial. Tenía mucho sentido del humor. A veces tomaba el pelo un poco. Cuando el alumno era muy elocuente, me imagino como él lo era también, a veces se tomaba un poco el pelo a sí mismo. Pero era muy cordial, muy asequible, muy afable y sencillo. Era un hombre accesible. No era alguien que se impusiera barreras. No le gustaban las barreras. Podía ser cortante, a veces, cuando estaba de mal humor. Y era poco comprensivo con las cuestiones deportivas; el fútbol lo hartaba.

Era muy interesado en que sus alumnos investiguen, que conozcan de cerca la realidad...

Sí, tuvo a excelentes discípulos: César Pacheco Vélez, fallecido hace veinte años; Armando Nieto Vélez, primo hermano de Pacheco; el sobrino de Alejandro Deustua, Agustín de la Puente y Candamo, y toda la gente a su alrededor.

Cuando recuerda la figura de su padre ¿cómo lo ve, como un político o como un pensador?

Más pensador que político. Lo que pasa es que el pensador no puede eludir el pensamiento y la política, lo que en el caso de mi padre le ocasionó destierros. ¿Entonces a qué se dedicó? A la enseñanza universitaria en Estados Unidos y en México, como antes lo había hecho en la Universidad de San Marcos. Fue fundador de la Pontificia Universidad Católica, sin ni siquiera ser católico. En esa época era hijo de una familia de católicos pero él era agnóstico. Hay dos formas de agnósticos: los que tienen añoranza del 'No Dios' y los que tienen añoranza de Dios. El agnóstico es un ateo disfrazado, o un religioso defraudado que no se atreve a decirlo porque no será bien visto.

¿Qué tipo de agnóstico era su padre?

Él había sido un agnóstico disfrazado, disfrazaba sus sentimientos religiosos. Quizás la palabra disfrazado no es la correcta. Él añoraba sus sentimientos religiosos.

Pero él vuelve al catolicismo y lo manifiesta en el famoso discurso en el Colegio La Recoleta en 1932...

Sí, así es.

¿Qué lo devuelve al catolicismo?

La soledad del exilio. Un hombre solo con dos hijas en el Perú, mis hermanas mayores, con un régimen que lo había tomado preso y desterrado y lo

declaró enemigo. Estuvo solo en Estados Unidos, donde logró ubicarse, y en México, a donde fue invitado a trabajar por el ministro mexicano Vasconcelos. Y se quedó un tiempo en ese país. Allí fue que conoció a ese famoso pintor, Diego Rivera, marido de Frida Kahlo.

Y esas ideas que salieron a relucir en su sentimiento católico se tradujeron en ideas socialcristianas que dieron paso a la creación de agrupaciones políticas...

Ideológicamente era socialcristiano, en su exilio se vinculó mucho con grupos socialcristianos en París. En el Perú sus ideas en alguna medida fueron tomadas por los demócratas cristianos y los pepecistas. Es una lástima que la ideología demócrata cristiana hoy en el Perú esté despartizándose.

Creyó que la alianza entre la Democracia Cristiana y Acción Popular sería muy buena, y lo dijo al final de su vida, pero de alguna forma nunca fue partidario de un partido confesional. Él pensaba que la fe religiosa debía penetrar en la política a través de las ideas centrales de la justicia social –acerca de la construcción del Estado– de aquella época. Ahora han variado mucho las cosas porque la economía es distinta. Y, sobre todo, debía penetrar en la capacidad directiva y moral de las élites, así como en el sentido de deber de las mismas.

Publicó un artículo muy bonito sobre fe y tolerancia. Él consideraba que la ideología y el sentimiento de la fe cristiana tenían que manifestarse en la conducta del hombre público a través de una actuación honesta intelectual y económicamente; decorosa y pulcra en su vida personal y, de ser posible, elegante en su apariencia externa.

Una muestra del concepto de elegancia de mi padre, que decía que un diplomático debe estar necesariamente bien vestido, se evidencia en una de las anécdotas que cita en sus memorias. Cuenta que al casarse con mi madre, cuando estaba exiliado en Washington, luego de haber escrito unos trabajos encargados por un grupo de peruanos y por los que fue remunerado más que adecuadamente, reunió una buena cantidad de dinero y se fue a París a ver a mi madre y a casarse con ella. Era el año 23, después de la guerra mundial, y había casi un fenómeno deflacionario, circunstancia que mi padre aprovechó para decidir que antes de desembarcar en París iría a Londres a comprarse ropa, “porque un novio tiene que ser elegante”. Luego se encaminó a París por ferrocarril y barco, llegando lo suficientemente elegante como para casarse dos semanas después.

¿Era un hombre que cuidaba las formas y la apariencia?

Sí. Un día me dio un consejo: “Oye, sabes, puedes estar mal de plata –y a mí me pasaba muchas veces– pero procura nunca ir a un mal hotel, porque te desmerece un mal hotel”. A él le encantaba visitar hoteles y me llevaba. Pedía los precios, miraba. Era un hombre que había pasado cuarenta años de su vida viajando y no resistía estar en un mal hotel.

También era un hombre cordial que admiró el sentido práctico de los profesores americanos con los que trabajó. Eran gente práctica, gente correcta, gen-

te sana; que exigía de un profesor lo que puede exigir un profesor: dominio del tema, dedicación, atención a los alumnos, cordialidad con los alumnos. Yo diría que mi padre fue un hombre feliz en el exilio. Cuando terminó el exilio volvió a nuestro país donde se dedicó primero a la política y luego a la diplomacia.

¿Le escuchó alguna vez a don Víctor Andrés alguna preferencia particular por alguno de los libros que publicó?

Sí, yo diría que sí tenía un aprecio muy particular por 'Realidad Nacional' y por 'Peruanidad'. Mas no tenía mucho aprecio por su tesis de bachiller de abogado porque, como comentó, la había escrito un poco al paso para graduarse, pues de otra manera no lo contratarían en el ministerio como funcionario.

¿Qué nos dice de su obra "El Perú antiguo y los modernos sociólogos"?

Esa fue una tesis doctoral y, sí, le tenía mucho aprecio. Como a las otras. También sentía mucha estima por el libro *Bolívar y el pensamiento político de la revolución hispanoamericana*, que escribió mitad en castellano y mitad en inglés. Pero yo diría que el mayor aprecio lo tenía por *Peruanidad*.

¿Escuchó comentarios de su padre sobre "Peruanidad"?

Sí, yo diría que *Peruanidad* y *La Realidad Nacional* fueron las obras que consideró como las más satisfactorias. *Peruanidad* la escribió en el año 1943, pero mucho más pequeño. El título prendió, ahora mismo todo el mundo habla de la peruanidad, pero nadie se acuerda de quién acuñó ese término que se inspiró, sin duda, en la hispanidad pero con un sentido y una connotación distinta, porque somos países distintos. Fue un gran esfuerzo dentro de un concepto de buscar las raíces del país en todas sus diversas dimensiones y en toda su profundidad histórica.

¿Qué estima usted más de sus obras?

He leído *La Realidad Nacional*, *Peruanidad*, *La Crisis Presente y Meditaciones*, en diversas etapas de mi vida. Tengo una especial memoria de *Peruanidad*, pues lo tengo dedicado en la segunda edición, la edición amplia de 1957, la que conocemos y fue publicada por Studium. En el caso de *La Realidad Nacional*, recuerdo que se reeditó tres veces, una de ellas poco tiempo antes de morir mi padre. En esa oportunidad él la reeditó eliminándole la parte política de Leguía. Pero luego yo reintroduje esa parte, no porque fuera exactamente serena, porque no lo era, sino porque tenía el valor de la pasión política de un exiliado en el momento del exilio. No se trató de revivir odios ni resentimientos, ni nada por el estilo, porque lo encontraría tonto.

¿Era un hombre de odios?

De resentimientos, sí; en algún momento. Nadie está privado de ello, no era perfecto. Tuvo algunos.

¿Cómo explicaría la cultura y visión polifacética de don Víctor Andrés?

¿Polifacético, no? Un poco que era la época. Él tuvo dos aficiones. "En la vida -solía decir- hay que tener un trabajo y una afición". Aprendió ese sentido

práctico de los americanos: "The job and the hobby", el trabajo y la afición que puede suplir la monotonía del trabajo y darle un agregado.

Era un hombre que se movía en el terreno de la filosofía, tenía mucha pasión por la geografía e historia, en función de la defensa de los límites peruanos. Tenía un extraordinario conocimiento de la geografía. Un hombre que viajó mucho por el Perú. No estuvo en la selva, pero se fue de aquí, por tierra, hasta Montevideo; por mar hasta Mollendo, Arequipa; hasta La Paz por ferrocarril, y parte a caballo.

¡Esos eran viajes...!

Aprendió a viajar a caballo, con acémilas, con gente que le llevaba el equipaje. En 1918 viajó con arrieros a diversas zonas de Bolivia y al norte de Argentina, hasta llegar por tren a Buenos Aires, y de ahí en barco hasta Montevideo.

¿Qué le pareció el libro 'Inquietud, serenidad y plenitud', que ha sido editado por la Universidad de Piura?

Le voy a ser franco, no tengo una memoria de este libro. Aunque sabía que mi padre lo había escrito, recién lo leí hace unos pocos años y ahora lo he releído para hacer una nota para la edición que la Universidad de Piura ha hecho. Fue así que he podido observar que la primera parte está dedicada a mi hermana Sofía, y la segunda parte a mi hermana Mercedes.

Al leer 'Inquietud, serenidad y plenitud' me impresiona la profundidad con la que trata a autores que admiro, como son Pascal y san Agustín.

Él era pascaliano y a san Agustín le dedicó muchas horas en Chosica, cuando vivía al lado del colegio Santa Rosa de Chosica, dirigido por padres agustinos. Con ellos dialogaba filosóficamente dando vueltas por el parque o plaza principal de Chosica.

Uno puede ver a un pensador que no solo trata de escribir, sino que demuestra mucha profundidad...

Es un libro de una profundidad tremenda. Lo escribió con ocasión del cuarto centenario de la Universidad Nacional Mayor de San Marcos, en 1951.

¿Qué piensa de su libro 'Peruanidad'?

Yo diría que es una suerte de segunda proyección de *La Realidad Nacional*, que es un libro de polémica.

¿Lo dice porque va contestando ensayo por ensayo a Mariátegui? Quizás "Peruanidad" es como la construcción...

Es la construcción de la respuesta, desprendiéndose del libro que origina la respuesta. Eso es esencialmente *Peruanidad*.

¿Conoció de algún libro predilecto de don Víctor Andrés?

Sí, tenía algunos. Leía en el amanecer algunos libros místicos. Se despertaba a eso de las cuatro o cinco de la mañana, y luego se dormía. Tenía su cuarto propio porque interrumpiría el sueño de mi madre. Leía y releía estos libros.

Yo diría que el libro *Inquietud, serenidad y plenitud* fue resultado de esas lecturas al amanecer. Leía mucho al padre Erick Prziwara,¹ a Jacques Maritain,² y a un discípulo brasileño de Maritain, Tristán de Athayde.³ Leyó mucho a los pensadores españoles de la generación del 98 como Joaquín Costa; tengo su libro, no sé si lo heredé de él o de mi tío Paco Moreyra.⁴ De vez en cuando lo leo. También a Macías Picavea,⁵ a quien empezó a leer cuando estuvo en Madrid en el año 1900.

¿A su padre le gustaba pasar tiempo en su fundo en Huaral?

A él le gustaba la agricultura. Teníamos un pequeño fundo de diez hectáreas en la irrigación San Felipe, no exactamente Huaral. Pero no fue un gran negocio al principio, y cuando parecía serlo vino la reforma agraria. Terminamos cambiando todo por una cuadra de San Isidro.

¿Qué nos dice de sus grandes amigos?

Tenía un tío, Juan Manuel Polar Vargas,⁶ primo hermano de su madre y una especie de mentor intelectual. También estaba el cardenal Guevara, que fue su amigo desde que estudiaron juntos en el colegio.⁷ En Lima tenía amigos de la generación del 900. Eran gente muy formal.

Del 'usted' hasta siendo muy amigos...

Yo diría que tenían que ser muy, muy, amigos para pasar al tú. A mí se me ha quedado el 'oiga usted'. Lo digo, y a veces la gente se ríe.

¹ El jesuita Erick Prziwara (1889-1972), fue un notable filósofo y teólogo germano-polaco centrado en la idea de la cercanía de Dios trascendente en su creación.

² Jacques Maritain (1882-1973) fue tal vez el pensador católico más importante del siglo XX, por la riqueza y la profundidad de su pensamiento, expresado en una obra amplísima.

³ Alceu Amoroso Lima (1893-1983), más conocido por el seudónimo de Tristán de Athayde, fue uno de los principales filósofos de la democracia cristiana y máximo exponente del pensamiento humanista y de la sociología católica de Brasil y América Latina.

⁴ Joaquín Costa Martínez fue el más señalado representante del regeneracionismo español que en el cambio de siglo trató de proponer políticas renovadoras a la cultura y la sociedad española, que consideraban necesitada de una profunda transformación.

⁵ Ricardo Macías Picavea (1847-1899) fue un importante pensador español, autor de *El problema nacional. Hechos, causas, remedios* (Madrid, 1899).

⁶ Juan Manuel Polar Vargas (1868-1936) fue un reconocido profesor arequipeño, autor de un curioso relato: *Don Quijote en Yanquilandia* (1925), donde hace una encendida defensa de la cultura hispánica.

⁷ Juan Gualberto Guevara (1882-1954), fue desde 1945 arzobispo de Lima y primer cardenal del Perú. Cursó estudios junto con Víctor Andrés Belaunde en el colegio de los Padres Lazaristas de Arequipa, donde tuvieron como profesores a los padres Hipólito Duhamel y Emilio Lissón Chávez, luego obispo de Chachapoyas y arzobispo de Lima.

